

Lun
14
May
2018

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Matías (14 de Mayo)

“...así os he amado yo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 1, 15-17. 20-26

En aquellos días, Pedro se puso en pie en medio de los hermanos (había reunidas unas ciento veinte personas) y dijo:

«Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, el que hizo de guía de los que arrestaron a Jesús, pues era de nuestro grupo y le cupo en suerte compartir este ministerio.

Y es que en el libro de los Salmos está escrito: «Que su morada quede desierta, y que nadie habite en ella», y también: «Que su cargo lo ocupe otro». Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección».

Propusieron dos: José, llamado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezando, dijeron:

«Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál de los dos has elegido para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado, del que ha prevaricado Judas para marcharse a su propio puesto».

Les repartieron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles.

Salmo de hoy

Sal 112, 1-2. 3-4. 5-6. 7-8 R/. El Señor lo sentó con los príncipes de su pueblo

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre. R/.

De la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.
El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos. R/.

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?. R/.

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento:

que os améis unos a otros como yo os he amado.

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

Reflexión del Evangelio de hoy

Le tocó a Matías

Hoy, día de San Matías, el libro de los Hechos, segunda parte de la obra lucana, nos presenta su elección y la incorporación al grupo de los Doce. Este grupo había sido elegido por Jesús después de orar (Lc 6,12), lo que expresaba ya su significatividad en el proyecto del Reino. Al igual que el Antiguo Testamento muestra como Dios asentó a Israel sobre las doce tribus, Jesús sustenta ahora al nuevo pueblo de Dios sobre los Doce apóstoles. El Maestro los instruye de forma especial tras su Resurrección (Hch1, 3-8), pues tienen la misión de ser garantes cualificados, junto al Espíritu, del camino que va a ir recorriendo la Iglesia.

Sin embargo, uno del grupo no sólo abandona el proyecto, sino que traiciona a Jesús. El libro de los Hechos afirmará que esto ya había sido profetizado en el libro de los Salmos: “la morada había quedado desierta” (Sal 69,26), “su cargo debía ocuparlo otro” (Sal 109, 8). Por ello deciden elegir a otro para restaurar el grupo de los Doce. Las características que ha de cumplir son las que, según Lucas, define al apóstol. En primer lugar, haber compartido con el Jesús histórico su vida y su misión, y la segunda, haber sido testigo de su resurrección, un encuentro con Cristo vivo.

El método propuesto para realizar la elección mezcla la intervención divina, los que están reunidos oran; y la actuación de la comunidad, puesto que lo echan a suertes, práctica conocida en el AT como portadora de la voluntad divina (Nm 27,21; Dt 33,8;1 Sm 14,41). La comunidad aparece, así como mediadora para transmitir la voluntad de Dios. El libro de los Hechos en muchas ocasiones utilizará la expresión “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido” (15,28). La suerte recae sobre Matías, *Mattiyahu*, cuyo nombre significa “don de Yahvé”. El grupo de los Doce se ve reconstituido con este don del Señor y aparece preparado para recibir el Espíritu Santo que ira conduciendo a la Iglesia a lo largo de la Historia. A la luz de esta Palabra, puedo interrogarme: ¿En qué medida soy apóstol? ¿Es mi comunidad mediadora de la voluntad de Dios para mí?

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos

El texto que nos propone la liturgia de hoy está enmarcado en los llamados discursos de despedida. Jesús antes de pasar de este mundo al Padre quiere dejar a los discípulos su testamento vital (Jn 13-17). En él, Jesús expresa que ser discípulo para el cuarto evangelio conlleva dos dimensiones: permanecer en él (15,1-11), y amarse entre los hermanos como Jesús los ha amado (15,12-17).

Permanecer en Jesús

Jesús invita con este verbo “permanecer” a una relación con él. El verbo expresa la corriente interior de vida que se genera entre Jesús y el creyente. La metáfora utilizada anteriormente, la vid y los sarmientos, es muy gráfica. El discípulo para tener vida y dar fruto ha de estar unido a Jesús. Sin él no puede hacer nada (cf. Jn 15,5).

La causa de esta relación es la misma elección de Jesús. Su amor es tal, que Él nos ha elegido, no lo hemos elegido nosotros. Él nos ha amado primero y nos ha amado como el Padre lo ama. La respuesta a esta relación íntima con Jesús se manifiesta “guardando sus mandamientos”, llevando a cabo las palabras que nos ha dicho y que constituyen un proyecto de felicidad para nosotros/as. Esa respuesta no supone un esfuerzo para el discípulo, sino que a modo de fruto que crece en el sarmiento unido a la vid, así brota en su vida.

Esta experiencia de la vida de Jesús en nosotros, produce un gran gozo que se desborda de dentro hacia fuera. Aquel que se sabe “enganchado” a la persona y a la vida de Jesús derrama espontáneamente alegría como una fuente de agua que se desparrama haciendo crecer todo tipo de vida a su alrededor. Decía Nietzsche: “si tienes un por qué puedes vivir cualquier cómo”. La experiencia de Jesús en nosotros es un gran “por qué”, que nos permite vivir en clave de sentido los “comos” de la realidad de nuestra vida, aunque a veces vengan marcados por la tristeza o el dolor.

Amarse entre los hermanos como Jesús les ha amado (15,12-17).

Este es el otro signo del creyente en Jesús: el amor a los hermanos de comunidad. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros” (Jn 13,35). Ese será la señal reconocida desde fuera de la comunidad, el amor recíproco entre los hermanos. La relación que tengan los hermanos entre sí será reflejo de la relación de cada uno de ellos con el mismo Jesús.

El amor fraterno es respuesta a este amor de Dios previamente experimentado. Podríamos decir que este amor entre los hermanos cierra el círculo de relaciones entre el Padre, el Hijo y sus seguidores y establece entre ellos una corriente de vida que irradia la común-uniión. Jesús expresa la cuantía de este amor mediante una experiencia que todos entendemos: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”. Alguien decía, que un amigo es un hermano que se elige. Con el amigo se da una relación afectiva recíproca, a la vez que una confidencialidad que nace de una confianza mutua. Es una relación marcada por la gratuidad, de ahí que Jesús utilice esta experiencia humana para mostrar el amor fraterno, ese que nace de la opción y de la generosidad desinteresada. La palabra me interroga ¿Cómo vivo mi relación con Jesús, es una relación de un amigo con otro amigo? ¿Y mi relación con mis hermanos de comunidad?



Hna. Mariela Martínez Higuerras O.P.
Congregación de Santo Domingo

San Matías

Apóstol (siglo I)

Su nombre es una abreviación de Matatías, que vendría a significar «don de Yahvé». Se puede decir que, por esta vez, el nombre de la persona responde plenamente a su historia personal y social, San Matías es un don del Espíritu a la Iglesia de Jesús para llenar el puesto que había sido dejado vacío por Judas Iscariote (cf. Mt 27, 3-10) en el colegio de los apóstoles de Jesús.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos refiere cómo después de la Ascensión, Pedro reunió al pequeño grupo de los discípulos para que eligieran a un suplente del traidor (cf. Hch 1, 15-26). Judas, en efecto, había ido a acabar con su vida en el campo que había comprado «con el precio de su iniquidad». Un campo que desde entonces se llamaría Haqueldamá, es decir, «Campo de Sangre».

El candidato habría de ser uno que hubiera «seguido» a Jesús durante el ministerio de su vida pública y precisamente desde el bautismo de Juan y hasta el día en que había sido llevado de entre los suyos. El seguimiento era la categoría fundamental del discipulado y se convierte, en consecuencia, en la condición indispensable para ocupar el puesto ahora vacío.

Por otra parte, el discurso de Simón Pedro deja bien claro que el elegido ha de ser un «testigo» de la resurrección del Señor. De este modo, Matías se convierte en el paradigma de todo apóstol de Jesucristo. El seguimiento del Maestro y el testimonio de su vida resucitada han de ser las claves para el discernimiento de todo apostolado, a través de los siglos.

Los ciento veinte «hermanos», con que contaba la Iglesia naciente de Jerusalén, presentaron a dos candidatos. Uno de ellos, José, llamado Barsabás o «hijo de Sabas», era también conocido con el apelativo de «el Justo». El otro era Matías, del cual no se nos ofrece ningún dato biográfico.

La elección tiene lugar tras una oración comunitaria, que el texto resume para los futuros lectores: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse a donde le correspondía» (Hch 1, 24-25).

Por otra parte y como era habitual, la elección se realiza por medio de la apelación a la suerte: echaron suertes, bajo la guía del Espíritu. Contra todos los pronósticos, el designado por la suerte no es «el Justo», sino el otro. El episodio, aparentemente anecdótico, se ha convertido en lección y categoría para la Iglesia. Como se ve a través de tantos relatos bíblicos, los juicios de Dios no siempre coinciden con los juicios humanos. Efectivamente, Dios conoce los corazones. Una vez más, es elegido el que parece menos apropiado según la prudencia humana.

La Liturgia de las Horas nos ofrece en el día de hoy algunos pasajes tomados de una homilía de San Juan Crisóstomo sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, en la que se comenta precisamente la elección de San Matías, siguiendo paso a paso el texto bíblico:

«Hermanos, tenemos que elegir de entre nosotros. Acepta el parecer de los reunidos, y al mismo tiempo honra a los que son elegidos, e impide la envidia que se podía insinuar. ¿No tenía Pedro facultad para elegir a quienes quisiera? La tenía, sin duda, pero se abstiene de usarla, para no dar la impresión de que obra por favoritismo. Por otra parte, Pedro aún no había recibido el Espíritu Santo.

«Propusieron —dice el texto sagrado— dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. No es Pedro quien propone los candidatos, sino todos los asistentes. Lo que sí hace Pedro es recordar la profecía, dando a entender que la elección no es cosa suya. Su oficio es el de intérprete, no el de quien impone un precepto.»

Más adelante, el Crisóstomo se fija en la exigencia de que el elegido ha de ser testigo de la resurrección de Jesús, y comenta: «No dice: Testigo de las demás cosas, sino Testigo de la resurrección de Jesús. Pues merecía mayor fe quien podía decir: "El que comía, bebía y fue crucificado, este mismo ha resucitado". No era necesario ser testigo del período anterior ni del siguiente, ni de los milagros, sino sólo de la resurrección. Pues aquellos otros hechos habían sido públicos y manifiestos; en cambio, la resurrección se había verificado en secreto y sólo estos testigos la conocían». San Juan Crisóstomo no deja de subrayar el papel que la oración de los reunidos juega ante el momento decisivo de la elección: «No dicen: elige; sino: muéstranos a cuál has elegido, pues saben que todo ha sido prefijado por Dios».

Nada más sabemos sobre el origen, sobre el ministerio o sobre las circunstancias de la muerte de Matías. Eusebio de Cesarea, en su Historia Eclesiástica (siglo IV), asegura que Matías fue uno de aquellos 70 ó 72 discípulos que Jesús envió en una primera misión evangélica. Una leyenda lo hace natural de Belén y otra tradición, que carece de fundamento sólido, identificó a San Matías con Zaqueo.

Incluso sobre sus reliquias ha existido un contencioso histórico. pues han sido reivindicadas por la basílica de Santa María de Tréveris, adonde habrían sido llevadas por Santa Elena, y por la de Santa María la Mayor, de Roma, en la que se encuentra un mosaico de finales del siglo XIII que representa la predicación de este apóstol.

De todas formas, el apóstol san Matías es para los cristianos una especie de icono del apóstol de Jesucristo. Como él, el cristiano se sabe elegido gratuitamente por el Dios que conoce la interioridad de las personas. Como él, ha de vivir la dinámica del seguimiento de Jesús y ser testigo de su resurrección. Como él, es acogido por la oración de la comunidad y destinado a integrarla de forma viva y activa. Como a San Matías, a todo cristiano es confiado el tesoro del Evangelio para que lo difunda por el mundo.